

LOS COMBATES DE

Bahy William

Alberto Alvariño Atiénzar



Edición: *Lilian Sabina Roque*
Irene Emilia Hernández Álvarez

Diseño de cubierta: *Osvaldo López Ravelo*
Diseño y realización: *Ernesto Niebla Chalita*

© *Alberto Alvariño Atiénzar, 2011*

© *Sobre la presente edición:*
Casa Editora Abril, 2011

ISBN 978 959 210 7540

Casa Editora Abril
Prado 553 entre Dragones y Teniente Rey,
La Habana Vieja, La Habana, Cuba
e-mail: editora@editoraabril.co.cu
www.editoraabril.cu

A los jóvenes, este fragmento
imprescindible de historia

ÍNDICE

- 15 Prefacio / Testimonio de un peleador
- 21 Capítulo I / Santiago de Cuba (1930-1940)
- 22 *Santiaguero, catalán y camagüeyano*
- 23 *La pelea de un niño por la vida*
- 24 *La imprenta, el oficio de familia*
- 27 Capítulo II / Camagüey, 1948
- 28 *De Santiago a Camagüey, tras la “suerte”...*
- 30 *Llegué al ring empujado por la vida*
- 34 *Y de repente, el boxeo profesional...*
- 39 *Baby William pelea contra el sistema*
- 41 *Combate a diez rounds por 125 pesos*
- 43 *La demoledora carrera internacional...*
- 47 *Baby William vs Carmen Basilio*
- 53 *Siempre arriba, siempre en la pelea estelar*
- 55 Capítulo III / Camagüey, 1954
- 56 *Me explotaron hasta que dije “¡basta!”*
- 59 *El amor me sacó del ring y me salvó la vida*
- 60 *Quien abre los ojos no regresa al cuadrilátero*

- 61 *La pelea por la dignidad del hombre*
63 *El combate de la clandestinidad*
- 67 Capítulo IV / Camagüey, 1958
68 *Y llegó la huelga*
72 *En la locomotora de la Revolución*
73 *El último hombre que estrechó la mano de Camilo*
78 *Regresé al deporte, pero al boxeo jamás*
79 *Homenaje a Tony Ginestá*
- 83 Epílogo / Último round
- 89 Testimonio gráfico

Más que un deber de cortesía

Este libro es de muchos. Me encontraba convaleciente de una operación quirúrgica cuando esta historia aleccionadora nació, creció y tomó cuerpo definitivo; ello me obligó a recurrir a un inaplazable apoyo.

Al ver la luz este título, mi primer abrazo a Rafael Rosales López, quien hizo gala de constancia, paciencia y ayuda invariables. Agradecimiento a Daicar Saladrigas González que respondió a mi solicitud de grabación del relato, cimiento de esta modesta pieza, y aportó sugerencias; a Orlando Durán Hernández por la disposición de siempre para atrapar imágenes.

Reconocimiento al equipo de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado que hizo valer su calificada y pronta respuesta y, en particular, a Hilda Castro Vivar. A las taquimecas de la Ayudantía, especialmente a Dora Porrúa Álvarez, Maida Díaz Reyes y Matilde Gómez García; a Magaly Curbelo San Miguel (Nuria) y a Margarita Marrero Ortega, también de esa oficina.

Gracias en mayúscula, a Félix López Rodríguez, por el cotejo feliz y la colaboración imprescindible que dio forma definitiva a este título.

El apretón fraternal a Ernesto Pérez Shelton y Eduardo Yasells Ferrer, quienes a lo largo del texto escudriñaron, desentrañaron detalles y sumaron consejos sabios; a Elio Menéndez, que enseñó su maestría en el periodismo deportivo, trasladó su memoria lúcida a los tiempos narrados, alertó y avaló pasajes aquí recogidos.

Gratitud a Niurka Duménigo por su convocatoria persuasiva y la apelación reiterada a no postergar el noble y necesario propósito; a Lilian Sabina Roque e Irene Emilia Hernández Álvarez por el interés, la pronta y minuciosa edición que tuvo el privilegio de contar con ellas a la vez.

Agradecimiento a Ernesto Niebla Chalita, de probada pericia en el diseño de libros, por su receptividad y porque tomó como suyo este empeño contra reloj; a las Empresas de Artes Gráficas Federico Engels y Durero Caribe S.A. –que honran el maravilloso oficio– por el esmero en el acabado y la inmediatez de la entrega; a la dirección del periódico provincial Sierra Maestra por su apoyo. Gratitud a Juan José Valdés Pérez, Jorge Gastón Olivares Sánchez y Marino L. Joglar Díaz, quienes se hicieron eco del proyecto desde los días de su gestación; a Lorenzo Garrandez Alfonso, José E. Duarte Comas y Luis Miguel Fernández Kindelán.

Un abrazo paternal a Osvaldo López Ravelo que lució su arte depurado y dió apoyo incansable; un beso de amor grande a Raisa, siempre solícita, acuciosa y consejera.

El mayor de los apretones a Guillermo Ginestá, *Baby William*, por el inapreciable testimonio que nos regaló a todos.

PREFACIO

TESTIMONIO DE UN PELEADOR

Conocí a Guillermo Ginestá Almira, Baby William, a mediados del año 1956, cuando, con apenas 12 años, me iniciaba como aprendiz en la entonces imprenta Lavernia, situada en el reparto La Vigía, en la ciudad de Camagüey.

William mostraba frescas aún las huellas de un boxeador profesional. Había desarrollado una intensa campaña entre los años 1948 y 1954, que lo llevó a enfrentarse a destacados púgiles nacionales y extranjeros, incluido el estadounidense Carmen Basilio, quien llegó a ostentar la faja mundial de los pesos welterweight y middleweight. Aquello fue para él un lustro de inolvidables enseñanzas.*

El testimonio que William nos ofrece en estas páginas, en primer orden, es la historia reveladora de una sociedad que quedó definitivamente atrás en Cuba el 1ro. de Enero de 1959. Un mundo de injusticias, pasado por el prisma y la reflexión de un hombre humilde que adquiere una proverbial sabiduría en sus combates cotidianos por sobrevivir y ser mejor.

* *Welterweight*: división de peso welter, hasta 147 libras (67 kg);

middleweight: división de peso mediano, hasta 175 libras (75 kg).

Aquí no es necesario el adjetivo que engrandece y edulcora. Hablan, sencillamente, la voz, la memoria y el corazón de William. A través de un aleccionador relato, nos cuenta cómo se abrió paso, desde niño, en la venta de periódicos, alternada con los estudios primarios en Santiago de Cuba, y su lucha frente a la adversidad y al intento de abuso por quienes le superaban en edad y posibilidades físicas.

Su llegada a Camagüey, en busca de nuevos horizontes, marcó una etapa definitiva en su vida en el dominio de las artes gráficas, en su carrera boxística y en su contribución revolucionaria. William es uno más de esos cubanos anónimos que compartieron y comparten su vida profesional y familiar con el deber ético de hacer algo útil por la patria.

Bajo la influencia y la forja de sus padres, sobresale en él la humildad y la sencillez desde sus inicios en el boxeo, y el rápido ascenso que alcanzó a fuerza de sacrificio y coraje. Fue la necesidad, más que la vocación, quien lo subió, casi sin darse cuenta, sobre un cuadrilátero. Y fue el amor quien lo bajó a tiempo del ring, poco antes de que se convirtiera en un despojo humano.*

Posiblemente, si durante su inicio en el deporte de los golpes hubiese contado con mayores enseñanzas y no se hubiera abierto paso por sí mismo, su técnica habría sido más refinada, la vida boxística más extensa, y el récord alcanzado

* Ring: Cuadrilátero.

—indudablemente destacado— superior; pero aun en las mejores circunstancias habría sido más explotado por el deporte rentado, del cual se retiró sin recurso económico alguno.

Conmueve y alecciona ver cómo lo hicieron subir al ring con fracturas y cirugías recientes. Fue una suerte de mercancía, reservada con frecuencia para los combates estelares en los más de 60 programas en los que intervino. Su testimonio es una denuncia al desprecio de los hombres y su explotación, y persuade sobre el camino errado de los que traicionan, se venden y sueñan con un futuro negado incesantemente en la vida de extraordinarios púgiles que ganaron millones de dólares, escalaron la gloria y murieron en la miseria, víctimas del propio sistema que los creó.

Baby William retornó definitivamente a Camagüey en 1954. Llevaba en los puños 42 victorias, 4 tablas y 17 derrotas. Había perdido los últimos combates y evidenciaba un agotamiento físico debido a la explotación indiscriminada a que lo sometieron en tan corto período de tiempo. Cuando regresó—para suerte suya— encontró a su pareja de toda la vida y, finalmente, decidió volver al oficio gráfico, una de las máspreciadas herencias familiares.

Fue entonces cuando lo conocí. Aún era explosivo y a veces lucía aturdido, irreflexivo; otras veces, como para llenar un vacío, volvía a ser un niño juguetón y burlón. Tuvimos una desavenencia por razones de trabajo, que quedó zanjada definitivamente meses después y dio paso a una amistad y estima que nos enorgullece.

Su combate posterior lo sostuvo luego con la colaboración en la propaganda clandestina, en la cual unimos esfuerzos. Yo no había tenido el privilegio de verlo sobre el ring, pero lo conocí asumiendo riesgos, modestamente, para que el pueblo de Cuba ganara su más preciada batalla: la libertad.

Mientras escribía esta historia rememoré los días cuando salíamos del trabajo y avanzábamos por Repúlica, arteria principal de la ciudad. A lo largo de la travesía muchos le saludaban por su nombre boxístico de Baby William, y él correspondía efusivo, risueño, amistoso. Comprobé que gozaba de popularidad y que existía gran afecto entre él y el glorioso velocista Rafael Fortún, a quien me presentó una tarde como su amigo.

Baby William, ha sido fiel a tres principios que ha abrazado con todas sus fuerzas: la patria, la familia y las ideas. El presente testimonio confirma su apego invariable a esos conceptos que lo sostienen y le dan vida.

En este recuento, el lector tiene a su disposición una vida edificante. Y los jóvenes, de manera especial, podrán acercarse a una Cuba que no conocieron y les parece distante. Baby William, afortunadamente, todavía vive para contárnosla en primera persona.

En la sala de su modesta y vieja casa camagüeyana me reencontré con este hombre que vi por primera vez hace casi cinco décadas y media.

Mantiene el cuerpo erguido a pesar de sus 81 años. Es delgado y se nota saludable. Su físico no puede ocultar las huellas y los rigores de la práctica de un deporte de combate. Muestra lucidez, elocuencia al hablar y es coherente en sus ideas. Su pelo, encrespado, está cubierto de canas. Se mueve con rapidez: se levanta, se sienta, como quien no ha perdido la inquietud y velocidad que lo caracterizaban encima del ring. No era un pegador, pero lo compensaba con su rapidez y agresividad.

Ir a su encuentro es como pactar un viaje con la historia. Para cada oración que pronuncia, William tiene a mano una muestra convincente: un recorte de periódico, una revista, una foto, un cartel, el programa de un combate, o el más inimaginable documento que avala su testimonio. En sus palabras no hay asomo de alarde ni de presunción, sino modestia, criollismo, cubanía a flor de piel y el propósito de exponer sus experiencias, incluso cuando los años transcurridos pudieran ceder espacio a alguna fantasía o imprecisión involuntaria.

Lo que leerán a partir de aquí, bien podría parecerles una vida escapada de algún guión cinematográfico. Les aseguro que es la auténtica, apasionada y aleccionadora historia de un hombre que ha vivido intensamente para narrarla.

*Alberto Alvariño Atiénzar
La Habana, julio de 2010*

CAPÍTULO I

SANTIAGO DE CUBA (1930-1940)

Santiago de Cuba, a no dudar, es una de las ciudades más singulares de la isla. Creció alrededor de su bahía y está rodeada en tierra firme por la Sierra Maestra. Vivir allí es como una aventura urbana, se mezclan el clima cálido y húmedo, el hermoso paisaje con relieve irregular y las avenidas y calles que se empinan o descienden. Y en las edificaciones coinciden estilos arquitectónicos múltiples. Junto a los parques arbolados, las construcciones coloniales con inmensos ventanales y apretados balcones, se levantan sus tesoros históricos: la primera casa de América, la primera catedral de Cuba, la primera mina de cobre a cielo abierto de todo el continente americano o el primer museo cubano... Está la historia y está la gente espontánea, alegre y natural..., esa que vive orgullosa de ser la cuna del son y el bolero, de la trova tradicional y del carnaval más famoso de Cuba.

Para inicios de la década del 30, la población de la ciudad de Santiago de Cuba era de 101 508 habitantes. Entre ellos estaba la familia Ginestá-Almira. Desde Mayarí, unos años atrás había llegado el matrimonio de General Ginestá Puncet y Elpidia Almira Rodríguez, él catalán y ella mayaricera. Tuvieron ocho hijos: cuatro hembras e igual número de varones. La mitad nació en Santiago de Cuba. Guillermo,



William, es el menor. Desde pequeño conoció la pobreza y el sacrificio. La honestidad, sencillez, voluntad y el espíritu de justicia son preciados valores que aprendió tempranamente en el humilde hogar.

Cuentan que un día, mientras jugaba en el patio de la casa, el padre, con curiosidad, le preguntó por la pequeña pieza que construía. Y dicen también que le respondió proféticamente: "Papá, es un ring, porque cuando sea grande voy a ser boxeador y voy a pelear con Joe Louis".

Sus progenitores rieron a solas, no vivieron para asistir a aquel presagio: años más tarde el afamado pugilista sería el árbitro de una de las peleas de su hijo. Ellos murieron tempranamente, mientras el adolescente —siguiendo la tradición familiar de su padre— aprendía el oficio de las artes gráficas en los talleres del periódico Oriente, donde también trabajaba su hermano Jorge, militante del Partido Socialista Popular.

Para ese entonces era un boxeador y un tipógrafo en potencia. Pero escuchemos la historia de su propia voz.

Santiaguero, catalán y camagüeyano

Nació el 1ro. de noviembre de 1929. El lugar siempre ha sido una incógnita en mi vida... Recuerdo que mi hermano Lalo, cuando andábamos por las calles de Santiago de Cuba, me decía "gallego de m...". Yo me ponía bravo, porque él era ocho años mayor. Llegaba a la casa



molesto y mi padre me preguntaba: “¿Qué te pasa, Guillermo?”. Un día le dije que Lalo siempre me decía que soy un “gallego de m...”. Entonces mi padre llamó a mi hermano y le dijo: “Oye, Lalo, no le vuelvas a decir más a Guillermo gallego, que tú sabes que él es catalán”. Una hermana también me dijo que yo había nacido allá, aunque la inscripción de nacimiento dice que soy natural de Santiago de Cuba.

A los efectos de la ley, de la documentación, soy santiaguero. Pero quiero mucho a Camagüey, porque aquí he pasado el mayor tiempo de la vida. Vivo en esta ciudad desde 1948. Vine siendo prácticamente un jovencito, y he echado aquí toda la vida. Mi esposa, mis hijos, mis nietos; tengo un biznieto. Entonces, ¿ahora voy a negar a Camagüey? Yo quiero tanto a Camagüey como Ignacio Agramonte lo quería, y como quiso a Amalia Simoni.

La pelea de un niño por la vida

Cuando murió mi madre yo tenía nueve años; cuando murió mi padre, iba a cumplir los 11. Murieron los dos en 22 meses, más o menos, mi madre en 1939 y mi padre en 1941. Yo era un niño y mi situación era crítica; pero crítica, crítica. Me vi en la necesidad, siendo un menor de edad, de vender periódicos y limpiar zapatos. Así me fui desenvolviendo para sobrevivir.



Pero cuando vendía periódicos los más grandes me querían coger la baja. En Santiago de Cuba existió un periódico que se llamaba *Oriente*, y yo lo vendía por la tarde; entonces había un individuo más grande que yo que me decía: “Oye, blanquito” —porque yo de niño fui muy rubio, tenía el pelo blanco—; o “Rubito, tú me estás chequeando a los clientes”. O sea que les estaba vendiendo a las personas que le compraban a él, quitándole su clientela. Le respondía: “Yo le vendo a todo el que me compre”. Y él me ripostaba: “Tú eres un fresco”. Venía a pegarme, y yo le tiraba una piedra, salía corriendo y me metía detrás de algún grande a pedir ayuda, y le decía: “Mira, el abusador este me viene a dar”. Entonces los individuos lo detenían: “Compadre, ¿por qué le vas a dar? ¿No te da pena? Ese es un muchacho”.

Ya yo me sabía defender, y eran tantos los que querían abusar de mí, que vivía y moría fajado. Entonces fajarse para mí era como tomarse un vaso de agua. Siempre estaba peleando.

La imprenta, el oficio de familia

En mi casa fuimos cuatro hermanos varones y los cuatro nos giramos para las artes gráficas. Parece que eso vino de herencia; porque mi padre fue periodista, escritor y tuvo una imprenta. El viejo era catalán y cuando vino



aquí a Cuba conoció a una mayaricera y se casó con ella, su única esposa. Tuvo nada más que una esposa, y mi madre tuvo solamente un esposo. Todos los hijos somos naturales de ese matrimonio.

Mi padre puso una imprenta y mis hermanos Antonio y Jorge se dedicaban mucho a las artes gráficas. Nuestro padre era encuadernador y mi hermano Lalo, que es al que yo le sigo, está catalogado como uno de los 10 mejores encuadernadores del mundo. Ahora vive en Nueva York y tiene un capitalazo del cará. Se lo ha ganado encuadernando. Es una maravilla como encuaderna. Yo quisiera que usted viera cómo mi hermano coge los libros. Los trata con un cariño... Y cuando está hojeándolos, parece que los acaricia. Siente amor por ellos.

Y mi papá fue también bibliotecario. El primer director que tuvo la biblioteca Elvira Cape de Bacardí, en Santiago de Cuba. Dirigió varios periódicos. Parece que eso es herencia.

Cuando mis padres murieron me fui con una hermana que era maestra rural y daba clases por Puerto Padre. Entre ese pueblo y Chaparra había una colonia que le decían Santo Domingo, y por allá mi hermana daba clases. Yo era un muchacho muy intranquilo y mi hermana no podía conmigo, por lo que decidió mandarme para Santiago de Cuba con mi hermano Jorge. Él trabajaba



en el periódico *Oriente*, y yo, por la situación que tenía —mi hermano ganaba un salario muy pequeño, tenía varios hijos—, decidí ayudarlo.

La situación de mi hermano y mía estaba muy crítica. Fue así que empecé a vender periódicos para no ser una carga más... Y mientras que estaban tirando los periódicos, me ponía a andar en las gavetas de la imprenta. Me llamaba la atención que la p y la q, la b y la d tienen mucho parecido. Yo las juntaba y hacía un empastelamiento en las gavetas, se mezclaban todas. Los empleados, los cajistas, cuando me veían ahí se erizaban, me caían atrás. Ahí, prácticamente, empecé a aprender el manejo de las letras, el bichito ese de la imprenta.

CAPÍTULO II CAMAGÜEY, 1948

El 10 de octubre de 1948, todos los medios de comunicación anunciaban el juramento de Prío Socarrás como presidente de Cuba. El saliente, Grau San Martín, junto con la banda presidencial, le entregó a Prío un gobierno corrupto, una sociedad dominada por las pandillas, el clientelismo político, los escándalos y algunos crímenes. Entonces, las grandes decisiones de la nación parecían tomarse en la embajada norteamericana y no en el Palacio Presidencial.

Desde su discurso de investidura, Prío se propuso ser “un presidente cordial” y el saliente se iba como “el divino galimatías”. En pocas horas cometió su primer error: autorizar la entrada de Fulgencio Batista. Regresó el general y más tarde resultó electo senador por Las Villas. Pronto, los escándalos de corrupción en el gabinete de Prío comenzaron a conmover a los cubanos honestos: la compra con dudosos fondos de nuevas guaguas marca Leyland (conocidas como “las enfermeras”); de la Autobuses Modernos, S.A., empresa que manejaba un tal Rodríguez Cartas, alias El Extraño...

Aunque distante de la capital, Camagüey no se escapaba a ese clima de injusticia y zozobra. De 1948 a 1952 se forjó la conspiración batistiana para asentar el ignominioso



golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Batista y sus amigos de armas lo apostaban todo al derrocamiento de Prío. Con él estaban esbirros potenciales como “Colacho” Pérez, Ramón Hermida, Pablo Carrera Jústiz, García Tuñón, Salas Cañizares, Francisco Tabernilla y otros oficiales.

En medio de ese lustro triste de la patria llegó Baby William a la ciudad de Camagüey. Tenía entonces 17 años y un deseo inmenso de encontrar otras posibilidades laborales y económicas.

De Santiago a Camagüey, tras la “suerte”...

¿Cómo llegué a Camagüey? Siguiendo a dos de mis hermanos. Uno de ellos, muy admirado por mí, era Antonio Ginestá Almira, conocido por Tony. Toda su vida fue muy...; bueno, él no era revoltoso, él lo que era un hombre amante del progreso y del bienestar para la patria. Perteneció a una organización que formó Antonio Guiteras, que se llamó La Joven Cuba.

Después de mi hermano Antonio nació Jorge, después nació María, después nació Nuria, después nació Lalo y después nací yo. Quiere decir que entre mi hermano Antonio y yo había ya algunos años, ¿no? Pero recuerdo que cuando Ramón Grau San Martín gana la presidencia del país, mi hermano, que era auténtico –Antonio fue del Partido Auténtico–, es nombrado jefe de perso-



nal del hospital Saturnino Lora, en Santiago de Cuba. Ahí había una muchacha camagüeyana, Ana Hilda Trincado Barquié, que estudiaba enfermería general, y ellos se hicieron novios. Mi hermano se casó con esa muchacha y vinieron los dos para Camagüey. Ella graduada –eso fue en el año 1947–, tuvieron un hijo y fundaron una familia.

Lalo, el que ahora vive en Nueva York, vino para Camagüey también. Ese fue el que me escribió y me dijo que aquí había más prosperidad, otras posibilidades. Lo escuché e hice mi viaje en junio del 48. Por cierto, yo traía una camisa de muñequitos, que no era corriente. Llegué en medio de los carnavales, y andaba con la camisa esa y la gente pensaba que era por las fiestas; pero terminaron los carnavales y yo seguía con mi camisita, y entonces la gente me miraba y se reía. Era una playera, pero no tenía mucho más que ponerme.

Estaba agregado con Tony en el primer lugar donde él vivió aquí en Camagüey. Había alquilado una habitación en un chalet grandísimo que estaba al doblar de un establecimiento. En una habitación de aquella casa dormían mi hermano, su señora, el niño en una cunita y la mamá de mi cuñada en un canapé. Cuando yo llegué también fui a dormir allí. ¿Se imaginan?

Después mi hermano me dio dinero para que me fuera a un hotel, y dormí por el hotel New York, cerca de



la estación de ferrocarril. Conseguí una habitación que le alquilé al dueño de un bar en la calle Rosario 512.

Desde que llegué de Santiago me fui con Tony a la imprenta donde él estaba trabajando. Recuerdo que la primera vez le dije: "Ah, yo conozco algo de imprenta". Por ahí tengo dos fotografías de cuando estaba trabajando en la imprenta esa. Y él veía cómo yo me movía, cogía las letras... Tony me preguntó: "Ven acá, ¿tú sabes algo de artes gráficas?". Le dije que allá con Jorge, en el periódico *Oriente*, había aprendido las cajas. Y comencé a trabajar en Lavernia. Al principio la máquina me cogió un dedo, –menos mal que fue la punta– y me hizo una herida. Mi hermano me repetía que tuviera mucho cuidado. La imprenta estaba en Estrada Palma 427, frente al estudio fotográfico Casablanca (En 1955 la pasaron para la calle Rotario, esquina a Capdevila).

Llegué al *ring* empujado por la vida

Como aprendiz de imprenta ganaba un peso a la semana; eso no me alcanzaba para nada. Un día iba por la calle República y entre el callejón Castellano y General Gómez, había un sitio de entrenamiento que se llamaba Gimnasio Calvo. Ya no existe, en su lugar hay un parqueo llamado El Sereno, al lado de un edificio que han hecho de siete plantas, cerca del restaurante de comida china



Nanking. Pues bien, ahí, en ese gimnasio que ya no está, también habían dos mesas de billar y una cancha donde se jugaba baloncesto y voleibol.

Yo pasé por ahí, vi una ventana abierta, me asomé y descubrí que estaban practicando boxeo. Entré y pedí permiso, por si había que pagar algo, y me dijeron que no, que eso era libre. Al frente estaba un español que fue boxeador, muy bueno. Se llamaba Julián Echevarría, pero era conocido por Fillo Echevarría, y se decía que había peleado con Kid Chocolate en la última victoria de este.

Ese señor, Fillo Echevarría, fue muy buen boxeador. Se había casado con una joven, hija del dueño de un tejar –un lugar donde se fabrican ladrillos, tejas y esas cosas; se llamaba Azorín, por allá, cerca del aeropuerto de la ciudad–. Y como a él le gustaba el boxeo, se dedicó a enseñarlo en Camagüey. Recuerdo que entré al gimnasio y le dije: “Señor, ¿cuánto hay que pagar para aprender boxeo?”. Él me miró y me respondió: “No, mi hijo, esto es del gobierno, aquí no hay que pagar nada”. Insistí: “¿Yo puedo aprender?”. Y Fillo dijo: “Sí, cómo no. Mire, venga mañana y traiga un shortcito o un pantaloncito viejo cortado por las piernas y unos zapaticos viejos para que aprenda”. Pero lo sorprendí con mi respuesta: “Oiga, ¿y si me remango los pantalones y me quito el pulóver puedo empezar ahora mismo?”. Y ahí comenzó mi carrera boxística.



Me remangué los pantalones hasta media pierna, me quité el pulóver y me paré frente al entrenador. Fillo me dijo: "Póngase en guardia". Yo más o menos me puse en una posición como de defensa. Y él me explicó y empezó a enseñarme. Pero ese hombre se pasó todo el tiempo que estuve con él, casi una hora, enseñándome a tirar un golpe que le llaman *jab*.^{*} Él me enseñó así y así lo aprendí. Al día siguiente fui y me enseñó lo mismo, lo mismo. Oiga, me tuvo una semana nada más que aprendiendo el mismo golpe. Yo no decía nada; pero él dejó de ir un día, no sé por qué motivo, y entonces yo me ponía los guantes ahí con los otros alumnos.

Por el gimnasio apareció el señor Gregorio, que trabajaba en la tienda El Encanto, se puso los guantes y peleó con un muchacho nombrado Arturo García Álvarez, que se había hecho muy amigo mío. Y Gregorio sonó a Arturo. A mí me chivó aquello, tanto que al otro día me puse los guantes con Gregorio. Lo soné yo a él. Entonces, apareció un tal Chicho Boza, que iba mucho allí, que fue boxeador profesional y estaba trabajando en la Sociedad Popular. Era un sitio exclusivo que había para personas de la raza blanca, porque eso era el capitalismo, un sistema que nos dividía en el aspecto económico,

* *Jab*: golpe recto al mentón.



pero también nos tenía divididos en el aspecto racial. En Camagüey había una sociedad para blancos ricos, tres para blancos de clase media: El Ferroviario, el Club Atlético Bernabé de Varona y la Sociedad Popular.

La Sociedad Popular se encontraba donde está la Plaza de los Trabajadores, al lado del canal de televisión; donde está ahora Radio Cadena Agramonte. Allí me llevó Chicho Boza. Solamente podían pelear boxeadores blancos. Había muchas pepillas, mucho público. Y apareció en escena un individuo al que le decían Tarzán, un hombre mucho más alto y fuerte que yo. Me pusieron los guantes con él y, cuando vino a tocar los guantes, le di con la izquierda en la cara y lo despeiné. Las muchachitas se echaron a reír, y entonces él me entró a puñetazos a diestra y siniestra, y yo me movía con agilidad. Pesaba aproximadamente unas 112 o 113 libras, y eso me daba mucha ligereza. Y aquél individuo a quererme destrozar. Entonces Chicho se metió en el *ring* y le dijo: "Oye, Tarzán, date cuenta que William es un muchacho". Y él le gritó: "No, que lo voy a reventar". Yo no me quedé callado: "No, nos reventamos". Y esa actitud mía le gustó mucho a Chicho: "¡Concho, este muchacho parece que es candelita!".

Pero Chicho no nos dejó seguir haciendo la exhibición y se acabó esa pelea y pusieron otra; otros dos, pero de un peso más parejo.



Y de repente, el boxeo profesional...

Yo andaba en mis planes de aprender más, cuando apareció un promotor boxístico del pueblo de Cascorro, un tal Bill Núñez. Andaba buscando un boxeador para echárselo a un individuo que tenía allá, que era una figurita, nombrado Juan Ojeda. Un peleador de solo seis peleas, pero seis peleas ganadas. Después supe que Bill Núñez lo que buscaba era un individuo que le sirviera de escalón al otro. O sea, que fuera presa fácil. Y Chicho Boza le dijo: "Mira, ahí en la librería Lavernia está trabajando un joven que puede ser un buen cartel, es un buen punto para llevárselo allá a Juan Ojeda". Y me mandó a buscar.

Chicho Boza me lo presentó: "Mira William, él es promotor de boxeo del pueblo de Cascorro y quiere ver si tú quieres ir a pelear allá". Le hice una primera pregunta: "¿Cuánto pagan?". Me explicaron que a peso el *round** y volví a preguntar: "¿Y cuántos *rounds* son?". Me dijo que seis. Saqué cuenta y vi que podría hacerme de seis pesos. Pero seguí indagando: "Ven acá, y si yo noqueo al individuo en el primer *round* o él me noquea a mí". Y Bill Núñez despejó la duda: "No, se te pagan los seis pesos completos. Además se te va a pagar el pasaje y la comida".

* *Round*: Asalto.



Cuando me dijo que me pagaban la comida, oiga, me dio un alegrón, porque yo estaba pasando una “brisa” terrible. Había veces que comía, otras veces me quedaba en blanco o pedía “fiao”. Aquello era terrible.

Entonces fui al pueblecito de Cascorro. En los días previos se anunció la pelea. Era una práctica aquello de anunciar los carteles a bombo y platillo. Era mi primera pelea profesional y todavía conservo el programa, como hice con las 62 peleas restantes. El anuncio decía algo así: “Bill Núñez, representa cuatro peleas profesionales. El *ring* de Cascorro lo alquilarán, el día 24, boxeadores de cartel y vergüenza deportiva como Juan Ojeda, Baby William, Zurdo Escudero, Armando Díaz, David Guerra y otros más. Es el propósito de presentar cada día mejores peleas”. Y para hablar de mí y vender las entradas se inventó una propaganda que decía: “Baby William, conocido como Gavilán Segundo que cuenta con victorias sobre los mejores de Camagüey, Nuevitas, Florida. Este día se enfrentará al invencible Juan Ojeda, que aspira llegar a ser campeón”. Gavilán era negro, entonces la gente pensaba que yo también era negro. Y para más sorpresa me ponen en la pelea estelar, o sea la *star bout*.^{*} Eran cuatro peleas, la mía fue la última. “La *star bout*,

* *Star bout*: Pelea estelar.



seis *rounds* a sangre y fuego. Juan Ojeda contra Baby William, Gavilán Segundo, de Camagüey”.

Y usted se preguntará de dónde salió lo de Baby William. Mi nombre es Guillermo. En catalán se dice Guillen Ginestá, Guillermo Ginestá. Mi padre era catalán, él me decía Guille, para achicármelo. Y los muchachos me decían Güili, y otros me decían Willa, otros me decían William; y como Guillermo es mi nombre, William es igual, pero en inglés. El nombre de Baby me lo puso Chicho Boza. Cuando le preguntaron mi nombre para el programa, Boza dijo: “Él se llama William, pero ponle Baby”. Pues seguí con ese nombre deportivo y me popularicé con él.

Era la primera vez que iba a pelear como profesional, sin haber pasado por *amateur*, y me anunciaban como que yo era temible, que tenía victorias sobre los mejores de Nuevitas, de Florida y otros pueblos desde Camagüey a Ciego de Ávila. Hasta un nombre de famoso me pusieron. Esto lo hacían para vender entradas, pero de paso también impresionó mucho al boxeador que iba a pelear conmigo.

Llegó el día de la anunciada pelea, el 24 de octubre de 1948. Yo había pedido un pantalón prestado, que me quedaba muy corto, y fui con unos zapaticos de dos tonos. Lo más presentable posible. Era domingo y la gente me miraba y decía: “Concho, este es un boxeador blanco y



bien vestido, un muchacho fino". De acuerdo a la propaganda, yo iba bien, al menos, bien vestido.

Yo pensaba, novato al fin, que en el boxeo se empezaba flojito y a medida que uno iba calentando, el cuerpo iba entrando en calor, iba apretando, y tiraba más duro. Casi finalizando el primer *round*, el individuo me tira una derecha, yo me agacho, y él me dice: "Cuenta, que ya van tres". "¿Tres qué?", le pregunto. "Me has dado tres cabezazos", dice el oponente... Suena la campana y cuando llego a la esquina le digo a Chicho Boza, que fue el que me subió: "Oye, Chicho, este hombre está tirando duro". Y Boza me da la receta: "Métele duro tú también". Y yo de ingenuo pregunto: "¿Se puede?..." Oiga, cuando salí para el segundo *round*, lo que le cayó arriba al individuo fue "un 20 de mayo". Le metí golpes a diestra y siniestra, y el público gritaba enardecido. Bueno, para no cansarlos, le di golpes hasta en el cielo de la boca. Le gané al individuo.

Había ganado mi primera pelea. Y yo me miraba con unos zapaticos tenis, un shortcito de jugar baloncesto, con el cinto con la hebilla para atrás, porque no podía tener nada delante. Había peleado sin protector de boca, sin ningún protector. Fue desastroso mi debut, pero el promotor me decía que era un buen comienzo: en vez de darme seis pesos, me dio ocho. Me regaló dos



porque había salido bien. Y el público tiró monedas. El *ring* se había improvisado en una valla de gallos, con el piso de tierra, las sogas sin forrar... Entre mi amigo Arturo García y yo recogimos el dinero que nos habían tirado: 12 pesos con 60 centavos, entre monedas de 40, 25 y 10 centavos.

Entonces me gustó aquello. Conté el dinero y me dije: “¡Concho, gané!”.

Terminada mi primera pelea, el delegado de boxeo del pueblo de Cascorro se me acercó y me hizo una advertencia: “Oye, tienes que pagar cuatro pesos del carné de la licencia de boxeador profesional”. Y le respondí con el alma: “Compadre, si yo nada más que me he ganado seis pesos”. Y acordamos que le pagaría dos pesos y dos más en la segunda pelea.

No le había dicho al delegado que había recogido del público 12 pesos con 60 centavos y que el promotor me había regalado dos pesos; pero tenía que alquilar un cuarto, porque estaba viviendo por ahí, en casas de amigos que conocía, en el hotel New York, y ya no podía, me costaba muy caro. Hablé con un señor que me alquiló una habitación. Tenía que pagar 15 pesos, un mes adelantado y un mes de fondo. Yo le dije que no tenía dinero y finalmente el hombre se condolió y me aceptó. Le pagué los seis pesos y después, cuando peleé, le pagué otros seis pesos. Entonces el dueño de la habitación me



dijo: “Oiga, usted va a ser un boxeador que va a llegar lejos, porque es un hombre de palabra”.

Baby William pelea contra el sistema

Ya les conté que en la primera pelea me pagaban a peso por *round*. En la segunda pelea me anunciaron que me darían 10 pesos y me dieron 15; y en la tercera ya estaba cogiendo 20 pesos. A uno le parecía una fortuna, pero en realidad no lo valía... Pasaron solo 14 días de la pelea inicial en Cascorro y me avisaron de la revancha. Lo noqueé en el sexto *round*. Me lo tuvieron que quitar porque acabé con el individuo. Yo estaba comiendo un poquito mejor. En la primera pelea pesé 112 libras y cuarto; en la segunda 118.

La tercera pelea fue contra Manolo Rodríguez, en el pueblo de Martí. Lo noqueé en el quinto *round*. Mi segunda pelea por nocaut* –había ganado una por decisión y dos por nocaut–. El nombre de Baby William comenzó a sonar. Entonces mis entrenadores me llevaron a pelear al pueblo de Hatuey, con un dominicano que había desembarcado por Guantánamo y fue boxeador en su país. Lo noqueé en cuatro *rounds*, y así fui cosechando varias victorias en las peleas.

* Nocaut (*knock out*): Derribar al oponente.



Siempre me estaba riendo, de todo me reía. Pero cuando estaba peleando me volvía una fiera. Oiga, tenía deseos de acabar con la gente, no sé. Creo que yo peleaba no solamente contra el contrario, sino también contra el sistema... Era joven, me veía desposeído, sin nada. Tenía que fajarme para ganarme la vida y había luchado mucho. Peleaba con odio. El contrario era mi enemigo número uno, pero después que pasaba la pelea nos dábamos un abrazo y no pasó nada. No me explico cómo es, pero hay boxeadores que se están dando tantos golpes hasta se matan, y después, al terminar la pelea se dan un abrazo y no hay odio, no hay rencor, no hay nada. Somos deportistas, peleamos por el deporte. Estamos por lo mismo.

Yo no imaginé que tendría una cadena de victorias. Estuve ganando y eché algunas tablas; ya tenía una –tablas quiere decir que no gana ninguno de los dos, les levantan las manos a los dos; pero nos pagaban la pelea. Tenía 18 victorias y un empate cuando perdí por primera vez, aquello me dolió cantidad. Fue frente a un individuo que peleaba con el nombre de Kid Bururú. Oiga, yo creo que ese día en Cascorro muchas personas lloraron, sobre todo mujeres.

Entonces tenía mucha simpatía entre las pepillas. Tanto, que tuve que dejar de ir a casa de un amigo por-



que su señora estaba “girada” para mí. Yo era un muchacho, prácticamente, pero no soy hombre de bajezas ni nada de eso. Con dolor dejé de ir a casa de ese amigo, para no hacerle un feo. Y no quiero ser más puro que nadie, pero al menos soy un hombre de respeto. La mujer casada para mí es una mujer sagrada y yo ni la miro. Por cierto, en diciembre de 2009 cumplí 50 años de casado y mi esposa para mí es la vida.

Combate a diez *rounds* por 125 pesos

Pero vamos a seguir hablando del boxeo. Peleé en Cascorro, en Martí, en Hatuey. Fui a pelear a Puerto Padre y enfrenté a Baby Gavilán. Para ese tiempo ya estaba peleando 10 *rounds*. Yo era un jovencito de 19 años, y peleé con Baby Gavilán, una dura pelea de 10 *rounds*. Terminé cobrando 125 pesos.

Nunca había cogido ese dinero por una pelea. Estaba trabajando en una imprenta y viene un individuo buscándome –yo no lo conocía– y me dice: “William, ahí te busca un señor”. Era el promotor que venía a hablarme de la pelea en Puerto Padre. Me dijo que eran 10 *rounds*. Ya tenía varias peleas de ocho *rounds*, pero era la primera vez que iba a pelear 10 *rounds*. Le digo: “¿Contra quién es?”. Y me anuncia que frente a Baby Gavilán, de 135 libras. Pregunté cuánto pagarían. Y él



me dio una pregunta por respuesta: “Bueno, ¿a cuánto usted aspira?”. Le dije que yo quería ayudar a Puerto Padre, porque estaban comenzando con lo de los carteles de boxeo, y el hombre concluyó: “Mire, lo más que le podemos pagar son 125 pesos, y se le paga el pasaje de ida y regreso a usted y a un compañero, porque usted tiene que ir con un *second*,^{*} y se le va a pagar el hotel y la comida durante dos días”. Acepté.

Por esos días otro boxeador me preguntó cuándo volvería a pelear. Le conté que el 29 de ese mes iría contra Baby Gavilán, en Puerto Padre. Preguntó por el pago, y cuando le dije que 125 pesos, me dijo que era alardoso y hablanchín. Para callarlo le mostré el contrato y se quedó boquiabierto. Solo alcanzó a decir: “¡Compadre, te salvaste!”.

Bueno, fui a Puerto Padre y perdí. Una decisión muy, pero muy cerrada. El réferi de la pelea, uno que fue campeón *lightweight*^{**} de Cuba, Joe Calixto, votó la pelea a mi favor, o sea que me vio vencedor.

Perder es lo más triste que le puede pasar a un peleador, dentro o fuera del *ring*. En toda mi carrera bebí ese trago amargo 17 veces. De 63 peleas que eché, perdí 17.

* *Second*: persona diferente al *coach* que asiste al boxeador durante el período de descanso entre asaltos.

** *Lightweight*: peso ligero, hasta 135 libras (60,7 kg).



Nunca nadie me ganó por decisión unánime, porque todas las peleas eran muy cerradas. Yo no era boxeador, era un perro de presa. Cuando sonaba la campana lo que salía para arriba del individuo era un cohete, porque es que a mí nadie me enseñó técnicas para boxear. Tuve que aprender en el fragor del combate.

A Fillo Echevarría, el que me enseñó a tirar los primeros golpes, no lo volví a ver más, hasta que pasados los años descubrí que era réferi de una pelea mía aquí en Camagüey. Después supe que se fue para La Habana y no lo vuelto a ver ni he tenido más noticias de él.*

La demoledora carrera internacional...

Había desbordado ya las fronteras de Camagüey y andaba peleando por Ciego de Ávila, por Sancti Spíritus, y de buenas a primeras cae una pelea para Venezuela en 1952. Yo empecé –les recuerdo– en 1948, y cuatro años después, en 1952, me firmaron para ir a pelear a Venezuela. Por ocho *rounds* me daban 350 pesos y me pagaban los gastos de ida y regreso, más una semana de estancia allá.

* En los primeros meses de 1959 era dueño de un bar-cafetería en la calle 41, en Marianao. En las paredes de aquel establecimiento había fotos suyas y de Kid Chocolate, mostrándose como manager y *second* de este.



Un periodista que había en La Habana, Cuco Conde, tenía contrataciones de artistas y deportistas. De Venezuela mandaron a pedir al campeón peso mediano de Cuba para pelear contra el campeón *welterweight* de Venezuela. Wilfredo Miró firmó un contrato con Luis Godoy. Le habló de mí: "Godoy, allá en Camagüey hay un blanquito que eso es candela. Tremendo fajador y tiene un récord del cará". "¿Y cuánto pesa?", preguntó Godoy. "Ciento treinta y cinco libras", le dijo Miró. Godoy decía que en Cuba no había buenos boxeadores blancos en ese peso. Pero terminaron llamándome por teléfono a Camagüey.

Miró me contó que viajaría a Venezuela y me dijo que el manager, Godoy, quería hablarme. Me dijo que podía llevar dos boxeadores a Caracas y que podría ganar 350 pesos. Le pregunté si eran dólares o pesos venezolanos. ¡Y eran dólares! Llamé a mi hermano y le consulté sobre la propuesta. Tony habló con Godoy y le aseguró que yo iría a verlo a La Habana.

Lo primero que hizo mi hermano fue mandarme a la casa a cambiarme de ropa, para que saliera urgente a Santiago de Cuba. Allí tendría que ver a mi hermano Jorge y pedirle la libreta donde papá tenía los nombres del juzgado donde estábamos inscriptos todos nosotros. Así lo hice. Esa misma noche salí para Santiago de Cuba. Mi hermano me puso en contacto con el historiador de la



ciudad de Santiago de Cuba, al que mi padre le cedió el puesto. Ese señor, Raúl Ibarra Albuerne, tenía un puesto del cará en Santiago de Cuba. Me dio una carta para que fuera al juzgado y me sacara la inscripción de nacimiento. Al día siguiente regresé a Camagüey y de ahí seguí para La Habana.

Todo parecía ir de maravillas. Me estaban gestionando el pasaporte y esas cosas. Mientras, yo estaba haciendo *training* para pelear en Venezuela. Por aquellos días habían dado un golpe de Estado, un gorilazo, el dictador Pérez Jiménez. Alguien mandó a hacer los trámites migratorios a nombre de Baby William. En mi entrevista con el cónsul se armó el problema. Mi inscripción de nacimiento y el pasaporte estaban a nombre de Guillermo Ginestá, pero las solicitudes de visa decían Baby William, mi nombre boxístico. Tuvimos una gran discusión.

Inmediatamente me preguntó que si yo pertenecía a algún partido político. Le dije que no, que yo no era militante del partido, pero que sí era militante de la juventud del Partido Socialista Popular. Oiga, cuando le dije eso me cerró el pasaporte y me lo devolvió. Entonces, yo abro el pasaporte y le digo: “Oiga, señor, ¿y la visa?”. Y él me ignora y dice: “El próximo, por favor”. Le dije una barbaridad. Entonces el individuo se paró a responder y le dije otra barbaridad peor. Se puso que parecía una fiera.



Salí de allí y me fui a contarle al manager, Luis Godoy. Yo no había firmado todavía el contrato. Cuando me vio, preguntó enseguida: "William, ¿le dieron la visa?". Le conté lo sucedido y Godoy me dijo preocupado: "¡Ay!, William, ¿qué ha hecho usted?". Aquel incidente me tronchó el viaje a Caracas. Godoy se fue con Wilfredo Miró y Mario Borges Yantada. Me quedé en La Habana y eché dos peleas: una contra Mario Bolito Hernández y otra contra Bolo Ramos.

Entonces mi manager, al regreso de Caracas, se las arregló para que fuera a pelear el día 29 de julio de 1952 a Miami, una pelea de 10 *rounds*. Él era un hombre de muchas relaciones y yo una figura que prometía. Fue así que me llevaron y me enfrenté a Art Davis. Gané por decisión, pero me rompieron una costilla en esa pelea. Yo no sabía que tenía una costilla rota y a la semana me pusieron otra vez a pelear contra uno que fue campeón olímpico, un sudafricano que era el *welterweight* número uno de Europa y el número ocho del mundo, Gerald Dreyer. Perdí por decisión dividida. Después vino la pelea contra Tony Cimmino; y luego contra el doble campeón del mundo, Carmen Basilio; y más adelante contra el campeón mediano de Brasil, Chico Pacheco, que gané por puntos.

Mis 17 peleas en Estados Unidos fueron de 10 *rounds*. Según mis cuentas he estado 16 veces en ese país



y siempre he regresado. Iba, peleaba y volvía. Eran días intensos. Gané la pelea a Art Davis y, al otro día, a las 6:00 de la tarde, ya estaba en La Habana, o mejor dicho en la playa de Santa Fe. Allí vivía, porque mi manager no quería que yo viviera en La Habana, para que no estuviera metido por ahí en fiestas. Era una manera de aislarme, para que me cuidara y me mantuviera tranquilo. Estaba en una playa y vivía en un hotel.

En menos de una semana, el 4 de agosto de 1952, vuelvo otra vez a Estados Unidos y peleo el día 5 contra el campeón olímpico en Londres, en 1948, Gerald Dreyer. El día 7 ya estaba otra vez en La Habana. Y así sucesivamente, al punto de que en tres semanas fui hasta seis veces a Estados Unidos. El tiempo más grande que yo he estado en ese país fue de mes y pico. Mi manager siempre me decía: "William, ¿usted se quiere quedar aquí?", porque usted pelea la semana que viene". Y yo siempre decidí regresar lo antes posible para La Habana. No me gustaba vivir en Miami. En Estados Unidos nunca me ha gustado vivir. Se lo juro por lo más sagrado. He ido 16 veces, pero para mí hay tres cosas que son sagradas: la patria, la familia y los ideales.

Baby William vs Carmen Basilio

Hay una pelea que guardo como un recuerdo muy especial: contra Carmen Basilio. Fue el lunes 22 de septiembre



de 1952. En el auditorio de Miami Beach. El promotor era Chris Dundee. Un día después, en Filadelfia, Jersey Joe Walcott, campeón del mundo de los pesos completos, discutió su título con Rocky Marciano.

Desde el año 1939, en que Joe Louis noqueó a James Braddock, la faja de los pesos completos estaba en poder de la raza negra. Muchos blancos trataron de recuperarla, pero nadie pudo lograr derrotar a Joe Louis. Ese día se esperaba que Marciano derrotara a Joe Walcott. Y sucedió, el martes 23 de septiembre, en Filadelfia. Yo estaba allí, como a dos metros de distancia del *ring*. Marciano noqueó a Walcott en el *round* 13. La pelea fue televisada de costa a costa en Estados Unidos.

Cuento esto porque el promotor Chris Dundee anticipó mi pelea para el lunes, para que el público pudiera ver el combate de Walcott y Marciano. Tenía más interés la pelea del campeonato mundial *heavyweight** entre un blanco y un negro, que la pelea de Carmen Basilio y Baby William. Fue un día menos que tuve de entrenamiento. Seis días antes, el 16 de septiembre, yo le había ganado a Tony Cimmino.

Con Basilio, ese gran boxeador, la pelea fue a 10 *rounds*. Desde el principio yo le caí arriba, pero cometí

* *Heavyweight*: peso pesado, más de 200 libras (+91 kg).



un error. A la altura del quinto *round* la pelea estaba a mi favor, pero en el sexto y séptimo *rounds* me dieron más golpes que a un timbal en tiempo de carnavales. Mi manager estaba molesto conmigo: “Oiga, William, ¿qué le pasa? ¡Tire golpes, siga peleando como empezó usted!”. En el octavo fue tabla la pelea, entablamos el *round*; en el noveno también, porque Basilio cuando conecta parece que te da con una tabla, porque da duro, duro, duro. Entonces, en el décimo *round* mi manager estaba muy molesto y le digo: “Oiga, Godoy, lo voy a noquear en este *round*”. Y salí, eché la vida ahí y lo golpeé bárbaramente, y gané el *round*.

Bueno, se acabó la pelea, vino el resultado y perdí por decisión dividida. El árbitro votó la pelea tabla, o sea que Basilio también ganó por decisión dividida; no fue unánime. Él ha reconocido que fue una pelea dura. Por ejemplo, cuando Basilio le ganó a Robinson la faja de los pesos medianos, un periodista le preguntó cuál había sido la pelea más dura que había tenido en su vida, si era la pelea contra Robinson. Basilio contestó que no, que la pelea más dura que había tenido en su vida había sido con un cubano que sobre el papel –o sea, el programa– lucía una pelea fácil; pero que después de 10 *rounds* de combate se tuvo que conformar con una decisión dividida, y que ese cubano respondía al nombre de Baby William.



Es el propio Basilio quien dice que la pelea más dura que él ha tenido en su vida fue conmigo, no lo digo yo. Tuvimos una pelea durísima.

Yo considero tres peleas muy fuertes en mi carrera: la pelea contra Irish Bob Murphy, la pelea contra Carmen Basilio y la pelea contra el campeón mediano de Brasil, Chico Pacheco, a quien le gané por decisión en 10 *rounds*, ahí en Miami. Las tres peleas de que te estoy hablando fueron en Estados Unidos: una en Tampa y dos en Miami.

Te digo que Basilio es un caballero, después de la pelea nos saludamos y no pasó nada. Volvimos a cruzarnos en la calle y nos saludamos, y da la casualidad que los dos nos dijimos al mismo tiempo: "*Hello, champion*" (hola, campeón). Los dos nos dijimos campeón, yo le dije campeón y él me dijo campeón. Bueno, me agració mucho aquello, nos despedimos y no lo he vuelto a ver nunca más en la vida.

Estuve en Estados Unidos en 1994, en Nueva York. Fui a un gimnasio que hay en la Octava Avenida y Calle 48 –un gimnasio muy bueno, lo mejor que he visto en gimnasio–, y vi allí una fotografía de Carmen Basilio. Me acerqué al encargado y le dije: "Yo peleé con este hombre". Me contesta: "Este es Carmen Basilio". Le repito: "Sí, yo peleé con él en Miami, el lunes 22 de septiembre de 1952". Al día siguiente fui otra vez y me saludó: "Hola, William,



¿cómo andas?”. Entonces dice: “Oye, mira, encontré esta reseña en la revista *The Ring*, y la tengo aquí guardada”. Allí estaban las declaraciones de Basilio sobre nuestra pelea, durísima. El encargado del gimnasio me dijo que era un honor recibir a un boxeador de mi calidad. Y fui invitado tres días a entrenar, sin que me costara un centavo.

Eso fue en 1994. El gimnasio estaba justo frente a un edificio de 28 plantas que era propiedad de mi hermano. Fue él quien me dijo desde el octavo piso: “Mira, Guillermo, para allá abajo”. Y yo lo descubrí al segundo. “¡Ah!, un gimnasio de boxeo. Oye, chico, ¿cómo tú no me dijiste eso?”. De inmediato bajé y fui a ese gimnasio. Lo menos que imaginé es que encontraría la foto de Basilio.

En Estados Unidos existe una revista titulada *The Ring*, publicación catalogada por los boxeadores como la biblia del boxeo. Esa revista todos los meses hace un ranking de los mejores boxeadores del mundo y las peleas más importantes que se hagan en el mundo vienen ahí. La revista *The Ring* tiene el hall de la fama y ahí clasifican, por su actuación, a los mejores boxeadores del mundo. Y Carmen Basilio está considerado por la revista *The Ring* como uno de los boxeadores de peso mediano de más pegada y uno de los mejores boxeadores del mundo.

Incluso, lo es cuando él le ganó a Robinson la faja, porque a Robinson no se le ganaba tan fácil. Después



Robinson, en la pelea de revancha, le ganó a Basilio por decisión, pelearon 30 *rounds*. Una la ganó Basilio y la otra Robinson. También vi en *The Ring* el récord de Basilio y que había peleado con un cubano nombrado Floro Hita al inicio de su carrera. Ganó esa pelea al cubano por decisión en ocho *rounds* –Basilio todavía no peleaba 10 *rounds*, él después siguió subiendo–; luego peleó conmigo, y el tercer cubano con quien peleó Carmen Basilio fue Kid Gavilán. Él peleó con Gavilán.

Antes de ese combate, Enrique López, un periodista de Camagüey, me preguntó: “Oye, William, tú que peleaste con Carmen Basilio, qué me puedes decir de su pelea con Kid Gavilán?”. Ese periodista esperaba otra respuesta: “Óyeme, si Basilio le da a Gavilán, lo tumba”. No me creía, porque Gavilán estaba considerado el boxeador de mayor asimilación en el reinado de los *welterweight*. Al otro día oí la pelea por radio, en el segundo *round* Carmen Basilio le metió un gancho de izquierda a la mandíbula a Gavilán y lo tumbó. El público gritaba al ver a Gavilán en el piso, porque nunca lo habían tumbado en Estados Unidos, y Basilio con un gancho de izquierda lo tumbó. Gavilán le ganó por decisión dividida a Basilio y retuvo el título de los *welterweight*, pero después lo perdió.

Después Basilio peleó con el que le ganó a Gavilán y ganó el campeonato *welter*. Peleó con Robinson la



primera vez y le quitó el título a Robinson. Al ganar el campeonato de los *middleweight*, 160 libras, perdió automáticamente el campeonato de los *welterweight*, 147 libras. En pelea revancha pierde con Robinson y se quedó sin la faja de los *middleweight* y sin la de los *welter*... Después no sé si Basilio siguió peleando, porque no vi más noticias de él.

Siempre arriba, siempre en la pelea estelar

El cartel grande que está ahí en la pared de la sala, anuncia la pelea de Irish Bob Murphy contra Baby William. Estaba catalogada como la mejor que se había dado en Tampa en los últimos 20 años. Fue en octubre de 1953, y de allá para acá no se ha dado una pelea de esa magnitud. Tengo un recorte de la prensa que dice que los espectadores se tapaban con periódicos para no mancharse de sangre, porque estábamos sangrando los dos; pero el que más sangraba era él, yo sangraba por la boca y por la nariz.

Un comentario en un diario nacional calificaba que había sido un combate espectacular desde el primer episodio al décimo, que mantuvo de pie a los fanáticos tampeños por el coraje, valor y resistencia que ambos desplegamos. Decía un cronista de Tampa que había sido una batalla de tigres.



Yo no pegaba mucho. De haber sido un boxeador pegador hubiese acabado con todo el mundo. Lo que me faltaba de pegada me sobraba en velocidad y empuje. Tiraba mucho y siempre tenía al contrario pegado a la soga... Tira, tira, tira y tira... Cinco años después, en 1958, todavía en Tampa se estaba hablando de esa pelea. Mira lo que dice este periodista: "La sangre llegaba a los espectadores del *ring*", con eso basta, para qué decir más".

En otro recorte de periódico dice que vencí por decisión "en sangrienta pelea de 10 asaltos, al que fuera rival del excampeón mundial semipesado, Joel Maxim, en pelea por el cetro de esa categoría en 1954". Murphy tenía un triunfo por nocaut sobre el ex campeón Jake La Motta, a quien, por cierto, conocí en 1953 cuando peleé contra Harry Braelow, en una pelea que finalmente me quitaron. La Motta lo ayudó a subir cuando él se salió del *ring*.

La victoria sobre Bob Murphy sorprendió a muchos. Fuimos a la revancha un mes después y le gané por nocaut en el sexto *round*.

Mire, desde mi debut, la mía siempre fue la pelea final, la más importante del cartel. Puedo decir con orgullo deportivo que siempre estaba arriba, arriba. Yo siempre combatí en la pelea estelar.

CAPÍTULO III CAMAGÜEY, 1954

El testimonio de Baby William, no deja lugar a duda sobre su amor por Camagüey. Uno se lo imagina desandando sus plazas y sus callejones estrechos y adoquinados al estilo colonial... Y en ese camino va él a gusto, entre hombres y mujeres amables, dados a ayudarse entre sí y especialmente atentos. Así es el camagüeyano típico, y así es William, quien terminó admirando a Joaquín de Agüero, Amalia Simoni e Ignacio Agramonte. Por eso no es nada casual que siempre decidiera regresar a la ciudad que lo acogió como a uno de sus hijos.

Primero el boxeo y después el amor lo llevaron a la capital de Cuba. Entonces, La Habana era también la capital del vicio y la mafia. Estaba en marcha el plan yanqui para convertirnos en un casino gigante, en un traspaso de Estados Unidos para el placer, la diversión y el crimen. Por esa Habana caminó William y allí sobrevivió a la maldad y al vicio.

Baby William no demoró en descubrir que había dos Habanas: la del espectáculo y la noche bohemia, a ritmo de danzón, son, rumba, bolero, mambo y chachachá; y la noche insurreccional de los jóvenes que querían cambiar el rumbo de Cuba con valientes acciones. Mientras Santos Trafficante Jr. –desde el cabaret Sans-Souci–, Meyer Lansky –desde el casino



del hotel Riviera—y Lucky Luciano—desde el hotel Nacional—planeaban convertir a la isla en Las Vegas del Caribe, en todo el país se conspiraba para recuperar la patria.

En 1954 Baby William estaba muy agotado como boxeador y Cuba debía ser salvada como nación.

Me explotaron hasta que dije “¡basta!”

Estuve peleando hasta 1954. Ese año me explotaron hasta que dije: ¡basta! En menos de diez meses, fíjese bien, eché cuatro peleas: tres de 10 rounds y una de 12 rounds, que fue por el Campeonato Nacional. Ahí tengo los afiches que anuncian esos combates. La primera pelea fue contra Tommy Bazzano, que me pusieron para que me sirviera de escalón.

Me habían operado de apendicitis el 28 de enero, en el hospital Reina Mercedes, que estaba ubicado donde hoy está el Coppelia, frente a Radiocentro, en La Habana. El 30 de marzo, dos meses y dos días después de operado, me llevaron a pelear a Miami contra el italo-americano Tommy Bazzano. Necesitaba ir entrando en cancha otra vez después de la operación. ¡Fíjese qué escala era la que me pusieron! En el segundo round cometí un error técnico-táctico, fui a hacer un *hook** de izquierda,

* *Hook*: gancho.



y al entrar con un movimiento equivocado el individuo dio un paso atrás, me colocó un *swing** de izquierda y me cruzó con la derecha. Oiga, caí como una palma real. Me contaron diez, y me contaban mil y no me paraba. Primera vez en la vida que pierdo el conocimiento.

Cuando me pararon vi que el tipo estaba con los brazos abiertos saludando al público, entonces yo, con la ayuda de mi manager y otro tipo que estaba ahí, levanté la mano y fui a buscar al individuo y me aguantaron. Miré a mi manager y le pregunté: “¿Se acabó la pelea?”, y me dice: “Sí”. Yo pensé que el mundo se me había caído encima.

Fui para el hotel, en vez de entrar –porque me llevaron en una máquina– salí a caminar por ahí, no podía concebir que me hubiesen noqueado... Caminé sin rumbo, pasó un automóvil y se detuvo, parece que notaron que no estaba bien; me llevaron al hotel. Cuando llegué a la habitación me acosté con ropa y zapatos; sólo pensaba cómo me habían noqueado; yo era un hombre fuerte. Al otro día seguía con eso, no era que estuviera dañado por los golpes, sino que no podía concebir lo que sucedió.

Regresé a La Habana y el 12 de julio, en el Stadium Tropical, peleé 12 *rounds* por el campeonato de peso

* *Swing*: Movimiento rápido en forma de abanico.



mediano de Cuba. Estaba ganando la pelea, cuando en el *round* 11 el árbitro Johnny Cruz detuvo el combate. Me habían cortado el pómulo izquierdo. Le pregunté a Johnny por qué hacía eso. Y él me paró en seco: "William, es que usted es un muchacho joven y esa herida le va a pesar, no se le va a quitar la marca del ojo. Se prolongará la herida y será perjudicial para usted". Recuerdo que Johnny Cruz era una bella persona, un hombre decente, y yo acaté su decisión.

La crítica deportiva daba como favorito a Charolito Spirituano, pero después de la pelea comentaba con asombro que yo le había durado once *rounds* en pie. En uno de los comentarios de un periódico, el articulista escribía que durante largos *rounds* yo le había puesto rabo al campeón *middle* y hasta por poco le prendo fuego. A pesar de mi agotamiento físico, que ya se advertía, di una gran pelea frente al campeón, considerado entonces como el más recio pegador cubano de su división.

Después fui a pelear contra Billy Kilgore, en Atlanta, Georgia. Eso fue el 12 de agosto. Allí perdí por decisión dividida en 10 *rounds*. Kilgore fue muy buen boxeador, le ganó a Jake La Motta, y esa victoria dice mucho de él. Perdí porque físicamente estaba cansado y arrastrando operaciones y fracturas. Una de ellas fue durante un entrenamiento, me metieron un gancho de izquierda tan



fuerte que me aflojó un canino, y me hizo una pequeña fractura en el maxilar.

Era un récord inhumano: en menos de 10 meses había hecho cuatro peleas. En ese mismo tiempo fui sometido a cuatro operaciones. Peleando enfermo, matándome... Mi manager me dijo: "Mire, William, usted últimamente ha sufrido cuatro operaciones y ha perdido cuatro peleas consecutivas, necesita descansar. Yo le aconsejo que vaya para Camagüey y se pase dos, tres o cuatro meses, para que se recupere un poco". Así lo hice.

El amor me sacó del *ring* y me salvó la vida

Llegué a Camagüey en plan de recuperarme. Lejos estaba de saber que ya no regresaría al cuadrilátero. Conocí a mi actual esposa, Olga Abreu Usatorres. Una tarde me retrasé al visitarla. Me preguntó por qué llegaba tan tarde. Le conté que estaba haciendo *training* para ponerme en forma. Quiso saber qué era eso. Le expliqué que eran ejercicios de boxeo. Y ahí se plantó la camagüeyana. Preguntó: "¿Tú vas a boxear otra vez?". Y yo le respondo: "Sí, pienso probar suerte de nuevo. Yo soy joven y ya hace un tiempo que no peleo, quisiera probar". No esperaba su reacción, pero fue fulminante: "Mira, William, a mí me han dicho que tú cuando peleabas eras un fajador que se



entraba a puñetazos con cualquiera. Chico, yo quisiera tener un esposo sano, un hombre al que no se le trabe la lengua ni camine con dificultad, un hombre sano. Tú escoges: el boxeo o yo”.

Traté de cambiar la conversación, pero no fue posible. Una mujer me había puesto contra las cuerdas y tenía que decidir... Oiga, y no me pongo los guantes ni de jarana. Dejé el boxeo y llevo medio siglo con esa mujer.

Quien abre los ojos no regresa al cuadrilátero

Tuve la suerte de que mi mujer me sacara del boxeo para siempre. Eso me ayudó a descubrir la verdad. Los promotores y mercaderes del deporte quieren que triunfe el boxeador, pero es porque ellos quieren ganar dinero. He visto tantos abusos en el boxeo profesional, que mientras más lo conozco más lo detesto. Siento pena de las personas que se hacen esas ilusiones de que fulano se va para Estados Unidos y que allá ganará miles y miles de pesos.

Oiga, Joe Louis ganó unos cuantos millones de pesos y murió en la ruina. El sistema te lo da y el sistema te lo quita. ¿Cuánto gana un boxeador? ¿Cuánto tiene que pagar? Mire, de salida tenía que darle 33% a mi manager, la tercera parte, y él no tiraba un golpe; tenía que pagar un impuesto, el *income tax*, que eso lo paga ahí todo el mundo, en ese tiempo creo que era entre 10 y 17%.



Saque usted la cuenta: lo que le pagaba a mi manager, al gobierno, más desayuno, almuerzo, comida, hotel, zapatos, ropa, equipos; pagar el gimnasio, el *sparring*, pagarle al masajista para que me diera el masaje, ¡pagarlo todo! ¿Después de las peleas qué era lo que me quedaba? Una migaja. ¿Cuánto gané?, ¿cuánto pagué? Era más lo que pagaba que lo que ganaba, mucho más de la mitad.

No todos tienen la suerte de que algo te haga reflexionar y decidas que no vale la pena estar fajado para poder comer. No, hombre, no; me busco trabajo. Eso fue lo que hice: regresé a la imprenta.

La pelea por la dignidad del hombre

Cuando Batista da el golpe de Estado de 1952, la dirección general de Deportes era atendida por un coronel del ejército, Roberto Fernández Miranda, que era hermano de la mujer de Batista. Yo estaba fuera de Cuba y dos años después me quité del boxeo. Nunca tuve que ver absolutamente nada con la política. Al contrario, la detestaba, porque veía tanto abuso.

Cuando trabajaba en una compañía de seguros en La Habana, El Águila, y en otra que le decían La Indiana, un día seguí a un policía que me llamó la atención. Llegó a un establecimiento y dijo: “Déme una cajetilla de cigarros Partagás superfinaos”, y puso una moneda de 10 centavos.



Entonces el dependiente le puso la cajetilla y le apartó los 10 centavos, se los echó para atrás, como que se la regalaba. El policía no dijo nada, se metió la cajetilla en el bolsillo y se fue para otra bodega que estaba en la esquina, porque en muchas esquinas había hasta cuatro bodegas. El policía que estaba de recorrido visitaba todas las bodegas y cogía una cajetilla de cigarros en cada una.

En aquellos tiempos apuntaban “la bolita” en todas partes y había vidrieras que recogían “la bolita”, y venía un individuo y decía: “Oye, dice el capitán fulano que le pongas un peso al fijo”. No que le pusiera a tal número, sino que le pusiera un peso al fijo, al número que iba a salir fijo, o sea, el que más pagaba, y el individuo tenía que aceptarlo porque si no, le cerraban la vidriera; como eso era prohibido...

Vi tanta basura, tanto pillaje, cómo se ejercía la prostitución... Oiga, ¡vivir el capitalismo! Que se alegren los que nacieron en el socialismo y no conocieron tanta poredumbre... Mujeres jovencitas que se ofertaban a trabajar en casas de “familia” por 12, 15, 20 pesos. Tenían que dormir en la casa, trabajar hasta el cansancio y hasta ser queridas de los hijos de los dueños o del señor de la casa. Muchas mujeres preferían meterse en un prostíbulo, venderle sus caricias al mejor postor, que estar trabajando de criada, de niñera en una casa. ¡Y cómo las maltrataban!



La vida de un ser humano no tenía valor ninguno. Aquí aparecía a cada ratico un individuo muerto, sin uñas, lo castraban, con una pinza le arrancaban la piel para que hablara, lo quemaban... Eso era el acabo-se, había que ponerle coto. Son todos esos abusos lo que hacen a uno virarse contra la injusticia. Yo no me iba a poner de parte de esos individuos que eran unos asesinos, unos ladrones, porque yo nunca he robado, yo nunca he hecho nada por lo cual me tenga que sentir arrepentido. Nunca he sido explotador de mujeres. Toda mi vida lo único que he hecho es trabajar, boxear y ser decente. A mí no hay quien me pueda señalar con el dedo por nada.

Oiga, yo conocí a un boxeador, Julio Martínez, que se metió en una fonda de chinos y comió; pidió otra cosa, y cuando el chino fue a buscarlo se levantó y salió corriendo. Casi lo cogen, y Julio logró escaparse, pero tuvo que agacharse en un lugar a vomitar. “Compadre, ha metido usted una carrera del cará, acabado de comer”. Por poco se muere. Le digo: “Julio, cambia”. Y me cuenta que no tenía dinero ni para comer.

El combate de la clandestinidad

Vivo orgulloso de lo que hicimos desde una pequeña imprenta por la Revolución. Recuerdo que mi hermano



Tony compró un tipo de letra en La Habana para imprimir una propaganda que decía “Pueblo, únete al Movimiento 26 de Julio”. Cuando terminamos de imprimir, mi hermano ordenó desaparecer la letra y un muchacho de 12 años que trabajaba con nosotros y participaba en la lucha clandestina se la llevó a su casa y la escondió allá, y luego tuvo que enterrarla en el patio de la vivienda de una tía. ¡Quién iba a pensar que un muchacho de esa edad estuviera asumiendo tanta responsabilidad!

La propaganda estaba impresa en un papelito engomado y el individuo lo llevaba en la mano. Cuando se montaba en la guagua le pasaba la lengua, y antes de bajar lo pegaba en el respaldo del asiento. Cuando la propaganda comenzó a verse en la ciudad, la policía invadió todas las imprentas. Buscaban cuál imprenta tenía el tipo de letra impresa en la propaganda. Nadie, ninguna imprenta la tenía. No apareció. Aquel muchacho de 12 años ya la había escondido.

En la casa de mi hermano Tony se hacían reuniones, no con una fecha determinada. Ellos se ponían de acuerdo y entonces iba un grupo de compañeros que eran del Movimiento 26 de Julio. Yo era uno de los que me ponía abajo a vigilar, porque en los bajos de su apartamento vivía un comandante del ejército de Batista. La gente su-



bía la escalera y, como tenía dos pisos arriba, no sabían para qué piso iban. Entonces uno venía primero y como a la media hora venía el otro. Otras veces iban al parque, o a la imprenta Lavernia, allá en Capdevila. Era difícil poderlos coger a todos juntos, porque no siempre se reunían en el mismo lugar.

El teatro Encanto lo han remodelado, antes tenía un bar, que se llamaba Bar Encanto. Era el lugar donde mi hermano dejaba los paquetes con la propaganda revolucionaria que se distribuía en Camagüey. Ahí había dos hermanos, Juan Manuel y Osvaldo Roque, que cooperaron con el Movimiento 26 de Julio. Mi hermano no les decía qué era, pero lo que allí se dejaba era intocable.

La propaganda se utilizaba de diferentes maneras: por ejemplo, se ponían los paquetes de volantes en la azotea de un edificio alto y el aire los levantaba y se regaban por las calles. Se pegaban pasquines en las guaguas, en los postes del alumbrado público. En los barrios y en el centro de la ciudad era todo más difícil, porque el ejército tenía el SIM (Servicio de Inteligencia Militar) y la policía tenía la Policía Secreta en todas partes.

Siempre le voy a agradecer a mi hermano Tony el haberme dado la oportunidad de participar en aquellas acciones clandestinas. Fue mi guía. Recuerdo que



cuando Fidel desembarca en Las Coloradas ya él estaba vinculado al Movimiento 26 de Julio. Por ahí guardo en casa una fotografía donde estoy parado y tengo un periódico en la mano con el titular: “Desembarco en Oriente”, y está el yate *Granma*.

CAPÍTULO IV CAMAGÜEY, 1958

En 1957 la situación política de Cuba era ya insostenible: el 13 de marzo se produce el asalto de un grupo de jóvenes, encabezados por José Antonio Echeverría, al Palacio Presidencial; el 30 de junio son asesinados en Santiago de Cuba los revolucionarios Josué País, Floro Vistel y Salvador Pascual; exactamente un mes después cae, en combate desigual, el inolvidable Frank País; el 5 de septiembre se sublevan en Cienfuegos oficiales de la Marina, en un histórico alzamiento que cuenta con el apoyo del Movimiento 26 de Julio... Ese es el escenario que acelera la caída del régimen batistiano y fortalece la lucha en la Sierra Maestra.

Llegó 1958 y el Movimiento 26 de Julio concentró sus esfuerzos en una acción de envergadura que desestabilizara a la tiranía a lo largo y ancho del país. El 9 de abril de 1958 se escuchó en toda la isla un llamado al combate desde la radio: la huelga general. A partir de ese minuto, los jóvenes cubanos se lanzaron a las calles, combatieron y murieron en todo el país: Sagua la Grande cayó en poder de los revolucionarios. En Matanzas se tomó una estación de radio. Hubo importantes acciones en Santa Clara, Ciego de Ávila y Camagüey. Santiago de Cuba, una vez más, donaba la sangre generosa de 16 de sus hijos.



En Camagüey, unos días antes del 9 de abril, se habían recibido las primeras referencias y orientaciones nacionales sobre la proximidad de la huelga. Los miembros de la dirección provincial del movimiento y del frente obrero se volcaron a los municipios para preparar los detalles de la huelga. De acuerdo con sus posibilidades, debían sabotearse el transporte y el tendido eléctrico, obstruir las vías, así como presionar a los comerciantes que se negaran a cerrar.

Y llegó la huelga

En Lavernia imprimimos una bandera del Movimiento 26 de Julio, la pusimos en unos globos con oxígeno y los soltamos. La cosa es que los globos aquellos se elevaban y no bajaban. Óyeme, en aquellos días vivimos momentos duros, porque estaba el ejército y la policía buscando a diestra y siniestra a ver en qué imprenta se hacía eso, y nunca lo descubrieron.

En vísperas de la huelga del 9 de abril, mi hermano le dijo al muchacho que trabajaba en la imprenta –aquel que había escondido las letras en el patio de su casa– que no se trabajaría en la imprenta al día siguiente, y que viniera a las 8:00 de la mañana. Así lo hizo: tocó la puerta, salió Tony y le encargó comprar unos refrescos. Cuando regresó, Tony le dijo: “Dentro de un rato vamos a salir de aquí un grupo de compañeros; encárgate después



de recoger y esconder las cosas que queden allí". Antes de las 11:00 de la mañana partieron desde la imprenta rumbo a la planta eléctrica de la ciudad. El comando que dirigía mi hermano llevaba unos cartuchos de dinamita para tirarlos y destruir la planta.

¿Qué pasó? Al llegar al objetivo comenzó el combate, pero el otro grupo que debía llegar –luego del comando de asalto– no llegó; el único que disparó fue el grupo de mi hermano. Cuando dan la alarma de que estaban atacando la planta comenzaron a llegar refuerzos de la tiranía. Tony tenía parque para 7, 8 o 10 minutos, cuando más. No tenía gran cantidad de parque... Los cartuchos de dinamita no explotaron; la planta eléctrica no se pudo destruir. En ese combate desigual mi hermano fue herido a sedal en una pierna. Al ver que el plan había fracasado dio la orden de retirada y él se desplazó por la calle Palma.

Luego detuvieron a varios compañeros. En poco tiempo estaban los esbirros tras mi hermano Tony. Buscaban hasta a la señora de mi hermano, que era enfermera –ya falleció– y trabajaba en la Colonia Española. Cerca de ese hospital, en el reparto Vista Hermosa, en una casa, tenían un cuartel para atender a los heridos, de ser necesario. A mi hermano lo curaron y salió con el pelo amarillo.



Yo estaba viviendo en La Habana por cosas de la vida... Mi novia ganó un premio en una compañía y teníamos dinero. En la capital vivía en casa de su hermana. Yo también viajé y estuve trabajando en el taller de un tal Alayo. Después tuve una imprenta pequeña en la calle Concordia, pero la vendí.

Siempre viví en hoteles, vine a tener casa cuando me casé. Frente al hotel donde yo vivía en La Habana, un día llegó la policía y viró la jaula –como le llamaban–, la atravesaron en la calle, con la puerta hacia un hotelito que había ahí. Se llevaron presos a todos los que vivían en aquel sitio. Lo vi todo desde el hotel de enfrente, el Lido. Indagué qué había pasado con aquellos muchachos. Después supe que estaban involucrados en lo de la Huelga del 9 de Abril.

Uno de mis hermanos, el que ahora está en Nueva York, me dijo: “Oye, Guillermo, ve para la casa, no duermas más en un hotel, duerme allá en la casa”, y me fui a vivir con él. Cierto día, en esa semana, llego a la casa y me dice el hijo mayor de mi hermano: “Oye, tío, ¿de qué color tiene el tío Tony el pelo?”. Digo: “Negro”. Y él me dice: “Ven para que veas que ahora es rubio”. Cuando fuimos al comedor vi a mi hermano que estaba con el pelo rubio y le digo: “Ah, Antonio, ¿y eso cómo es?”. Entonces me contó que él había sido el que había



dirigido el asalto a la planta eléctrica en Camagüey, que lo habían herido en la pierna, y que para enmascararlo le decoloraron el pelo con agua oxigenada. Por eso pudo salir rumbo a La Habana, porque todo Camagüey lo cerraron, la entrada y salida de la ciudad. Pero mi hermano pudo escaparse.

A Tony y a otro compañero, un abogado los sacó para México. Antes de irse me pidió que regresara a Camagüey y trabajara en la imprenta. Y que no le hiciera ningún trabajo clandestino a nadie, a no ser que me lo ordenara Otto Lavernia, que era uno de los jefes del Movimiento 26 de Julio. Mi hermano era jefe de una célula de acción en Camagüey. Otto Lavernia, además, era uno de los dueños de la imprenta. También me pidió que recogiera una pistola en casa de un compañero y que se la entregara a Otto. Pero ese joven ya no estaba. Otto pensó que se había alzado para el monte y se la había llevado. Todo eso pasó en abril de 1958. Yo le dije a mi novia que me regresaba a Camagüey, y ella vino después.

Triunfa la Revolución y me caso en 1959. Mi hermano viene de México, se entrevista con Fidel en La Habana, y le fueron reconocidos los grados militares que tenía en el clandestinaje. Comenzó de inmediato a servir en la policía. No pensé que llegaría tan pronto, pero el



nuevo gobierno puso aviones en diferentes países para traer a los revolucionarios que estaban asilados. Tony llegó a Cuba el 9 de enero, unas horas después de que Fidel entró en La Habana.

En la locomotora de la Revolución

En 1959 ingresé oficialmente a la policía. Mi hermano Tony era entonces el jefe del Departamento Técnico de Investigaciones en Camagüey. En eso se produce la traición de Huber Matos. La Policía Nacional Revolucionaria se mantuvo firme. Se sabía que se estaba gestando una traición aquí. El jefe de la policía pidió que quien estuviera dispuesto a darlo todo por la Revolución diera un paso al frente. ¡Oye, ni por asomo, nadie se quedó parado! Todo el mundo dio un paso al frente. Y un comandante le dijo al que estaba de jefe de nosotros: “De veras que con la policía se puede contar”. Y él le respondió: “Mi gente está probada, compay”.

Desde que triunfó la Revolución yo fui uno de los primeros que se presentó a la estación de policía. Y cuando llegó mi hermano, ya estaba trabajando a brazo partido. Todo, todo para la Revolución, para la policía. Y lo hacía sin preocuparme del pago. Lo hacíamos por amor a la Revolución.



El último hombre que estrechó la mano de Camilo

Existe una fotografía que hizo mi sobrino Rodulfo, ya fallecido. El único hijo que tuvo mi hermana Monserrat, que era maestra, igual que Griselda. Las dos nacieron en Mayarí, al igual que Tony y Jorge. Pues bien, en esa foto estamos Huber Matos, Camilo y yo. Fue el 1ro. de mayo de 1959, el primero que se celebró con la Revolución. Camilo fue el que lo presidió. Yo estuve en esa ocasión formando parte de la seguridad de Camilo. Mi hermano Tony me entregó un revólver con un cañoncito que tenía una pulgada, de esos que les decían buldó. Y me ordenó: “¡Guillermo, respondes con tu vida por la de Camilo!”. Y yo cumplí. Desfilé junto a Camilo, como parte de la seguridad. No se le podía acercar nadie por nada en la vida, tenía que pasar por arriba de mi cadáver.

Después volví a estar cerca de Camilo, pero esta es otra historia. A raíz de la traición de Huber Matos, apresaron a los complotados. El aeropuerto, como todas las cosas importantes, estaba a la deriva. Entonces el comandante Arsenio García Dávila, expedicionario del *Granma* y jefe de la policía provincial en Camagüey, llamó a mi hermano, que era jefe del Departamento de Investigaciones, y le preguntó si había alguien de confianza para mandar al aeropuerto y responsabilizarlo con su custodia. Y Tony no lo pensó



dos veces: “¡Ah!, mi hermano William”. Arsenio estuvo de acuerdo. Ayudaba el hecho de que yo hablaba un poco de inglés.

Fui al aeropuerto con dos policías más: Abel Rivero Gómez y Benito Celda Sánchez, ya fallecidos. Cada dos días salía uno de pase. Prácticamente vivía en el aeropuerto. Cuando se produce la desaparición de Camilo, el 28 de octubre, Benito estaba de franco y yo fui a la base aérea. Cerca del edificio principal del aeropuerto había una unidad militar. Fui a comer a la base aérea y le dije a Abel Rivero que abriera bien los ojos. Cuando regreso y estoy parqueando el Cadillac, Abel me dice: “William, ahí está el comandante”. Lo primero que pensé fue “Concho, Fidel me cogió fuera de base”.

Camino a mi oficina, miro por una puerta que está abierta, que da para la pista, y veo al comandante Arsenio García Dávila, de espaldas, conversando con Camilo Cienfuegos, que estaba en la otra punta. Camilo tenía la pierna izquierda levantada. Y yo me dije: “¡Ah, caramba, Camilo! Voy a saludarlo”. Y Abel me advierte que tenga cuidado, que está hablando con nuestro jefe. Caminé y me detuve junto al pequeño avión Cessna. Allí había un joven vestido de verde olivo con un fusil, custodiaba el avión. Entonces, sale Camilo primero y Arsenio después, caminaron y se pusieron muy cerca de mí.



Me retiré un poco más hacia el Cessna, para que no fueran a pensar que estaba escuchando lo que ellos hablaban. Se despiden con un apretón de manos. Arsenio fue el primero en irse y Camilo vino para el avión. Pasó por delante de mí y yo lo saludé militarmente, aunque andaba vestido de civil, con un sombrero tejano muy bonito y bueno, que me costó unos cuantos pesos. Camilo me miró, se sonrió, dio un paso al frente, me dio la mano y me dijo: “¿Qué pasa, muchacho?”. Y respondí: “Ahí, Comandante”. Fui el último cubano en estrechar su mano. Camilo desapareció en aquel avión.

Ya he leído en el periódico dos entrevistas de individuos que dicen que fueron los últimos que hablaron con Camilo. Y siempre digo: “¡Qué mentirosos son!”. Porque de verdad, el que habló bastante con Camilo antes de partir fue Arsenio; yo, simplemente, lo que hice fue intercambiar saludos con él. Pero le di la mano, subió al avión, se cerró la puerta, y comenzó la maniobra para el despegue.

Eso fue en octubre y yo me casé en diciembre. Recuerdo que llegué a la casa de mi novia y le dije: “Oye, ¿sabes que saludé a Camilo?”. Y ella me dijo: “¡Ah!, Camilo, tan simpático”. Le riposté: “¡Ah!, ¿te vas a enamorar de él?”. Y ella: “No digas eso, es que Camilo es una bella persona”. Al día siguiente desperté con la noticia de que



Camilo no había llegado a La Habana. Empezó a llegar gente y gente al aeropuerto. Camilo era muy querido. Al otro día, como a las 2:00 de la tarde vi desde la torre de control el aterrizaje de un avionazo grandísimo –el Sierra Maestra–, que estaba “taxeando” –rodando por la pista de aterrizaje–, y cuando abren la portezuela, y ponen la escalera, el primero que se para ahí es Fidel Castro. Digo: “¡Oh, Fidel!”. Salí corriendo y me metí en mi oficina.

Al rato me llamaron para que yo le explicara a Fidel cómo habían sido los últimos pasos de Camilo en el aeropuerto. Fidel tenía los brazos cruzados y a ratos se rascaba la barba con la mano derecha. Arsenio estaba frente a él, y yo cerca de Fidel, tanto que nuestros brazos se topaban. Yo le conté todo lo que sabía. Luego entró en una oficina donde se había improvisado el Estado Mayor, desde donde el Comandante en Jefe dirigió la búsqueda de Camilo. Yo participé en aquella operación.

En la torre de control –donde me metía mucho– escuché una conversación entre los pilotos de un avión de la compañía venezolana Ransa y otro de Pan American. Uno de ellos decía que había visto un avioncito rojo que se alejaba hacia la costa norte de la isla, huyéndole a una tormenta.

Fueron días muy tristes. Cuando se dijo que Camilo había aparecido –una falsa noticia–, todo el mundo



tiró tiros. Yo fui uno de los que disparó al aire en el aeropuerto... También había una ametralladora, ¡pram!, ¡pram!, ¡pram!, tirando ráfagas. ¡Una alegría del cará! Y después, la decepción. Era falsa la noticia. Aquello fue terrible. Hubo muchas, pero muchas personas que lo lloraron. A mí fue a uno de los que se me aguaron los ojos.

Pasaron los años. Un día mi esposa estaba leyendo el periódico y me dice: "William, ven acá, ¿tú no me dijiste que tú fuiste la última persona que habló con Camilo?". Le digo: "Bueno, nosotros no hablamos, lo que intercambiamos saludos". Y me muestra el periódico, donde aparece un ciudadano que dice haber hablado con Camilo por microondas. Y otro que estaba trabajando en el aeropuerto, dice que Camilo antes de montarse en el avión compró unos tabacos... Leo todo aquello y pienso: "¡Concho!, pero qué descaro el de este hombre...". Oye, si a Camilo lo vi yo yo subir ahí, me dió la mano, subió al avión y vi cómo el avión empezó a alejarse hacia el reparto Lenin, y luego, cuando pasó por delante de nosotros, empezó a tomar altura. ¿En qué momento Camilo se bajó del avión para ir a comprar los tabacos esos? El otro, el que dice haber hablado con Camilo por microondas, puede ser que sea cierto o no; pero así, personalmente, tú puedes vivir completamente seguro de que la última mano que estrechó Camilo fue la de Guillermo Ginestá Almira.



Regresé al deporte, pero al boxeo jamás

Cuando se crea el Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER), el 23 de febrero de 1961, yo era policía, pero hacía comentarios deportivos, como aficionado. Y Mario Torres, un periodista que me conocía, me hizo una entrevista y me dijo: "William, tú tienes buena dicción, te desenvuelves bien y conoces bastante de deporte, ¿por qué no te metes a comentarista deportivo?". Le respondí que no, que no veía un lugar donde pudiera trabajar en ese oficio, y Mario Torres me sorprendió ofreciéndome cinco o diez minutos de su programa. Y así empecé. Después me llamaron de Radio Cadena Agramonte y me solicitaron en un canal de televisión local que había en Camagüey, el Canal 11. Yo tenía 10 minutos deportivos los sábados en el Canal 11, y se trasmítia para CMK, Radio Cadena Agramonte.

Ya estaba otra vez en el giro del deporte, cuando salió una convocatoria para cubrir plazas como entrenadores de lucha. Fuimos 22 camagüeyanos para La Habana y nos graduamos 11. Fui el mejor expediente. Creo que me ayudó mucho el conocimiento que ya tenía del boxeo. Allá en El Fajardo, en La Habana, yo me movía en el colchón con facilidad. Un norteamericano que estaba impartiendo las clases de lucha me dijo: "¿Cómo



usted se desenvuelve tan bien?”. Le conté que yo había sido boxeador profesional, y me aconsejó que me dedicara a enseñar boxeo. Pero no, ya no me atraía mucho ese deporte. Lo había practicado profesionalmente para ganar dinero. Regresé a Camagüey y trabajé durante un tiempo como entrenador de lucha.

Homenaje a Tony Ginestá

Mi hermano Tony tenía una simpatía conmigo extraordinaria, porque yo era el hermano “de su pelota”. Nos queríamos todos, pero Tony tenía preferencia por mí.

Tony fue un hombre que, si la vida le pedían, la vida se la daba a la Revolución. Trabajó mucho por ella y siempre, toda su vida, fue un hombre de abajo, sencillo, revolucionario. Nunca entró en chanchullos de dejarse sobornar. Eso sí, luchó por sus ideales, luchó para que aquí hubiera igualdad. ¿Qué tengo yo mejor que ustedes? ¿Qué tienen ustedes mejor que yo? ¿No somos seres humanos iguales? ¿Por qué no nos vamos a ayudar?

Los verdaderos revolucionarios son sencillos. Ahora, ese individuo que se cree superior, ese no va con la Revolución. Luchamos para que floreciera la prosperidad y se acabara el abuso. Desgraciadamente, hemos sufrido a tantos politiqueros, y ahora vemos a la gente volcarse con más amor a la Revolución. Yo cada día



que pasa quiero más a la Revolución, porque es que tiene que ser así, chico.

Con mi hermano aprendimos que los bonos del Movimiento 26 de Julio que vendíamos en las calles, exponiéndonos, eran más importantes desde el punto de vista político. Era imprescindible que la gente supiera que el movimiento existía y que estábamos luchando por una vida diferente.

Por eso recuerdo el 1ro. Enero de 1959 con tanta alegría. Las mujeres salían a la calle con las faldas negras y las blusas rojas. Recuerdo cuando soltaron a los presos. Y tengo presente cómo cambió la vida aquí en Cuba, cómo se acabó la injusticia, cómo el capitalismo se acabó, se fue al piso en un momentico.

Después, al comenzar las leyes revolucionarias, empezó a quejarse mucha gente que hizo, que aportó, que dio dinero. Pero algunos no dieron dinero para ayudar a la Revolución, sino para quitarse de arriba a quienes los extorsionaban: los policías abusadores, el tal Sarrá que tenía casas, ¡muchísimas! Por eso, cuando vino la ley del 50% de la rebaja del alquiler, pegó el grito en el cielo. Y también cuando vino la Ley de Reforma Urbana, que hacía propietarios a los que estaban viviendo las casas. Esta casa a mí me costó 400 y pico de pesos; me salió baratísima. ¿Dónde yo iba a conseguir una casa así?



Aquí había gente empeñada hasta los pelos. Ya no hay muchachos que tengan que vender periódicos, ni limpiar zapatos. Ahora van a la escuela y usted ve a todos los estudiantes igualitos, con sus uniformes, contentos. Eso era lo que Tony soñaba.

EPÍLOGO ÚLTIMO ROUND

Yo, Baby William o Guillermo Ginestá, como usted prefiere llamarme, tengo todas las peleas enumeradas, desde la primera hasta la última. Hay quien dice: “Ese Guillermo tiene una memoria del cará”. No, chico, es que eso lo viví. Compadre, todo eso lo viví.

Hoy, también puedo decir, con orgullo, que conozco bien el giro de la imprenta, y que en las artes gráficas trabajo cualquier cosa.

Y puedo asegurar que por la Revolución hago lo que tenga que hacer. Lo que sí nunca haré es conspirar contra mi patria y conspirar contra nuestra Revolución, y al decir nuestra Revolución estoy diciendo la patria.

¡Ah, compadre!, ¿cómo usted se va a poner aquí a hacerle juego a toda esta partida de...? ¿Usted no vivió el capitalismo? Yo sí lo viví y sé lo que es la prostitución, el desempleo, el tiempo muerto, la discriminación. Yo entraba al Club Atlético, en el Ferroviario, porque soy blanco; pero yo no podía entrar al Liceo porque no tenía dinero. Y el Tennis Club era para blancos, y el Liceo era para blancos, pero blancos con dinero, y como yo era un perro muerto no podía entrar ahí. Si entré a algún lugar

de esos, fue porque era Baby William, una personalidad en el boxeo, y me llevaban como una figura decorativa del deporte.

Nunca, pero nunca me llevé con los ricos, porque si ellos iban a ver una pelea, se jugaban su dinero a costa de los golpes que me daban. Pienso en eso y les juro que ni con el pensamiento yo soy capaz de herir a la Revolución, porque estaría hiriéndome a mí mismo, que soy un hombre revolucionario. Y estaría hiriendo la memoria de mis hermanos. ¿Cómo yo voy a estar conspirando contra mi familia, conspirando contra mí mismo, conspirando contra mi pueblo?

Yo les digo a ustedes una cosa: detesto el capitalismo, se lo juro por lo más sagrado. Una sociedad justa es la que surgió en Cuba a partir de 1959. A mí alguna gente me dice: "Oye, compadre, tú estás bien. Te pagan una parte de la jubilación con moneda nacional y otra parte con divisa". Sí, eso es verdad, pero yo he representado a mi patria en 21 eventos internacionales. A ver, que me busquen otro boxeador cubano que haya peleado más que yo en Estados Unidos y esté aquí... Entonces, yo soy una figura, compadre, yo no soy un boxeador del montón.

Con orgullo atesoro infinidad de recortes de periódicos. En una época fui un boxeador bien pagado en la televisión. Eso se cuenta y no se cree. Pero yo era Baby

William. Y los anuncios que salían, por ejemplo, cuando yo peleé con Mickey Laurent, quisiera que usted los viera. Le tiré una fotografía a un anuncio lumínico que era más grande que un ómnibus Leyland o un Pegaso... Decía: "Tonight, Baby William versus Mickey Laurent". Era una figura y llenaba estadios, llevaba público a las peleas.

En una ocasión escuché a un desconocido decir: "Oye esto, Baby William, boxeador cubano, blanco, guapo y fajador... No lo creo". Yo estaba escuchándolo y le digo: "Oye, yo soy Baby William". El tipo se echó a reír y me ripostó: "¡Ah!, compadre, no me venga a tomar el pelo". Le mostré mi carné de boxeador profesional. "¿Usted me ha visto pelear a mí?", pregunté. Y el hombre me respondió que no, pero que había escuchado que yo era un fajador. Le conté que a mí nadie me entrenó como era debido. Fillo Echevarría, para ser honesto, me enseñó a tirar unos golpes ahí nada más; yo tuve que aprender en el fragor del combate.

Le dejé tocar mis costillas rotas y le expliqué que me las rompieron gracias a las clases del Fillo. Técnicamente me enseñó mal a usar el *jab*. Y pagué las consecuencias. Yo no tenía tan buena pegada, pero tiraba bastante. Me caracterizaba la velocidad, y tiraba y tiraba y tiraba... A medida que pasaba el tiempo lo hacía más y más. Me quitaba los golpes tirando golpes. ¿Cómo? Los

boxeadores, para que no les den, se tapan, se cubren...; y mientras que se esté cubriendo el contrario, ¿con qué mano me da él a mí?

A mí no se me traba la lengua, yo no camino con dificultad, yo soy un hombre normal. El boxeo, afortunadamente, no me hizo mella de nada. No me dejó las tristes huellas y secuelas que a otros boxeadores profesionales.

Después del triunfo de la Revolución continué siendo útil al deporte: fui comentarista y fundé una revista; fui entrenador y participé en maratones y diversas actividades masivas, pero ya no fui nuevamente jamás una mercancía.

Al ciudadano que me estaba cuestionando mi salario le dije: "Yo soy una Gloria del Deporte Cubano. Tengo mis credenciales, se las puedo enseñar".

Soy Gloria del Deporte Cubano, escúchenlo bien, y el gobierno revolucionario nunca me ha dado la espalda, ni me ha abandonado. No tengo de qué quejarme. A dondequiera que voy, el pueblo me quiere, y mi gobierno me atiende como la figura que soy. Eso es dignidad de hombre. Eso es justicia.

¡Y suena el gong!